

cen los Santos y maestros de la vida espiritual (1), que esas otras penitencias se han de moderar de tal manera que queden fuerzas para esto, como para lo mas principal; porque muy poco estimará el superior vuestras disciplinas y vuestros cilicios, si despues no os contentais con lo ordinario que usan los demás, sino que buscáis el regalo y comodidad propia en el vestido y en el aposento, etc. Pues ved aquí una penitencia que teneis ya licencia para hacerla, y que gustarán mucho los superiores que la hagais y la podais hacer sin peligro de vanagloria, porque no parece que haceis penitencia, ni los otros echan de ver si os mortificais ó no; y por otra parte es de las mejores y mas agradables á Dios que podeis hacer. Parece una vida llana y comun, y delante de Dios es singular, y una perfeccion y santidad muy sólida y segura.

Por el contrario una de las cosas mas perjudiciales, y que mas daño hacen en la Religion, es començar algunos á usar de singularidades, y de privilegios y exenciones, aunque sea con el color que quisieren, y con título á su parecer muy justificado; y en tanto grado de verdad, que el glorioso san Buenaventura, quæst. circa regul. 10, et inform. novit., cap. 9, pone esta por una de las

(1) Bonav. de informat. novit. cap. 9.

causas principales de la tibieza y relajacion de las Religiones. Aunque seais muy antiguo, y aunque hayais trabajado mucho en la Religion, haceis, dice, mucho daño con esto; porque los que vienen despues de vos á la Religion no ven vuestra virtud interior, ni miran lo que trabajásteis antes que ellos viniesen, sino solamente están mirando al ejemplo que de presente les dáis en la observancia regular, en la cual querrian los mas nuevos que los antiguos siempre les fuesen delante, y que como fueron los primeros en venir á la Religion, así lo fuesen en guardar sus reglas, siendo guia y ejemplo á los que tratan con nuevos fervores de servir á Dios; y de otra manera, ó se escandalizan de ellos, ó los comienzan á imitar, aflojando ellos con el ejemplo de los otros. Bien entendió esto nuestro santo Padre, y así para prevenir el daño grande que de ello podia resultar, una de las cosas que manda se pregunte á los que entran en la Compañía, y quieren ser incorporados en ella, es: *An contentus futurus sit eodem atque alii modo in collegio agere, nullisque privilegiis, aut prærogativis, minimum omnium, qui in eo fuerint, antequam; omnem sui curam superiori relinquendo.* Capite 7 exam. Si serán contentos de vivir en los colegios, y pasar como pasan los demás, sin usar de privile-

gios y singularidades, ni querer que se haga con ellos mas de lo que se hace con el menor de casa: y particularmente manda se pregunte esto á los letrados, y á los que han de ser la gente grave en la Religion; porque en estos parece que podia haber algun peligro de que quisiesen usar de algunas singularidades y exenciones. No entienden los tales el daño que hacen en esto, aunque sea en cosas menudas; porque luego el otro que le parece que ha trabajado tanto, y que tiene tanta necesidad, quiere lo mismo: luego el otro que tiene un poco menos, y luego el otro; y así se viene á relajar y arruinar la disciplina religiosa. Por lo cual san Bernardo llama á estos divisores de la union y enemigos de la paz. Mas valiera que no predicárais, ó que no entendiérais en esos negocios, que usar de esas singularidades y exenciones; porque mas es lo que deshaceis con eso, que lo que haceis con esotro.

Pues por esto nos previene y nos avisa nuestro santo Padre, que en la Compañía no ha de haber exenciones ni singularidades, ni han de valer para eso antigüedades, ni ser lector, ni predicador, ni haber sido superior: antes habemos de ir siempre en este fundamento, que no puede uno perder con cosa mas en la Compañía, que con dar ocasion para que se entienda de él que por ser anti-

guo, ó letrado ó predicador, etc., quiere exenciones y privilegios, y que se le haga otro tratamiento diferente del comun que se usa con los demás. Los mas antiguos en la Compañía, y los mas letrados, esos son los que han de dar mas edificacion en todas las cosas, y los que con su ejemplo han de sustentar y llevar adelante la disciplina religiosa, conformándose con los mas humildes: *Non alta sapientes, sed humilibus consentientes.* Ad Rom. XII, v. 16. De eso han de servir las letras y la antigüedad en la Religion.

CAPÍTULO XVII.

Respóndese al escrúpulo de la obligacion de mirar por la salud.

Porque lo que principalmente y con mas justo título nos suele hacer guerra para usar de algunas singularidades es la obligacion que nos parece tenemos de mirar por nuestra salud y conservar la vida; para satisfacer á esto dirémos aquí algunas cosas que acerca de esto dicen los Doctores. Quanto á lo primero notan, y es doctrina comun, que una cosa es matarse uno á sí mismo, ó procurar de propósito abreviar la vida, tomando alguna cosa para eso; y esto es ilícito y pecado gravísimo: otra cosa es no tratar uno de conservar

la salud ó su vida, ni quererla prolongar; y esto dicen que no es ilícito, sino lícito; porque ninguno está obligado á procurar alargar su vida, ni á conservarla, usando de manjares delicados, ó cosas extraordinarias; así como no está uno obligado á vivir en los lugares mas saludables, aunque supiese que allí viviria mas tiempo y mas sano, así tampoco está obligado á procurar los manjares mas saludables, y que dicen mas con su complexion, aunque supiese de cierto que con eso alargaria mas la vida, y viviria mas sano. Esto está claro; porque lo contrario seria condenar todos los ayunos, abstinencias y penitencias de la Iglesia y de las Religiones. Antes andar á buscar esas cosas, dicen los teólogos y los Santos, que de ordinario es reprehensible, especialmente en los religiosos. Tampoco está uno obligado, cuando está enfermo, á buscar medicinas exquisitas y muy preciosas ó costosas para conservar la vida, ni médicos raros y eminentes: antes todo eso es reprehensible en el religioso que profesa humildad y pobreza: basta usar de los medios comunes y fáciles, que ordinariamente son convenientes; porque como la vida y salud del cuerpo sea un bien temporal y perecedero, y respecto de la vida y salud del alma sea de muy poco valor, no quiso Dios obli-

gar á mas que eso: y no solo de lo extraordinario y exquisito es lícito quitar, sino de lo común y ordinario; y así vemos que los religiosos y los siervos de Dios quitan mantenimiento, sueño, regalo y tratamiento de su cuerpo, de que otros comunemente usan, y ellos pudieran lícitamente usar: y se lo damos, no solo por lícito, sino por santo, aunque sepan que les ha de hacer algun daño á la salud, y que de esa manera han de vivir menos: así como es lícito, y de grande virtud y merecimiento, ponerse á peligro de muerte, de dar la vida temporal, no solamente por el alma del prójimo, sino tambien por su vida temporal, como lo hacen los que sirven y curan los heridos de peste y de otras enfermedades contagiosas; así tambien es lícito y de mucha virtud, para ayudar á la propia alma con fruto de la mortificacion, ofrecerse á un pequeño detrimento de la vida, ó á algun poco de daño de la salud corporal. Si por ganar un pedazo de pan para sustentar su casa, y para mantener un poco de honra, atraviesa uno el mar, y va á Flandes, y á las Indias, y pasa malas noches y peores dias, con mucho detrimento de su salud y peligro de su vida, y se lo damos por lícito; ¿cuánto mas será esto lícito y santo por la salud espiritual de su propia alma, para tener la carne suje-

ta y rendida al espíritu, que no se rebele contra él y nos haga alguna traicion? Y así eso decimos que es hacer penitencia; y si eso quitásemos, seria quitar casi todas las penitencias que se usan en la Iglesia de Dios. Mas: tratan allá los teólogos una cuestion: Si es lícito á un siervo de Dios, que tiene un dolor grande de ijada ó estómago, ó una llaga que le da mucho dolor, no querer curarse, ni aplicar medicina alguna, sino padecerlo por Cristo, como no haya peligro de muerte. Y dicen que sí (1); y traen para esto el ejemplo de santa Águeda, que viniendo san Pedro en figura de un hombre anciano á curarla de los pechos que le habia cortado el tirano, no queria consentir que la curase, diciendo: Que nunca habia usado tomar medicina alguna corporal: *Quia medicinam carnalem corpori meo nunquam exhibui*; y traen tambien para esto el ejemplo de muchos varones espirituales y perfectos, que quieren padecer un dolor de ijada ó estómago, sin aplicar remedio alguno, para mortificar la carne, y sujetarla al espíritu, sentir y participar algo de los dolores y pasion de Cristo, y están muy contentos, y muy alegres y aprovechados en aquellos dolores. Y mas, para que se vea que no es de tanta estima la salud, ni

aun la vida, que estemos obligados á mirar tanto por ella, ni hacer tantas diligencias para procurarla y conservarla, como algunos imaginan, ponen este caso los teólogos: Está uno muriendo, si no le cortan el pié ó el brazo; y preguntan si estará obligado á dejar que se le corten. Y dicen que no; y traen lo que dijo el otro en semejante caso: *Non est tanto dolore digna salus*: No es de tanta codicia ni de tanta estima la salud ni la vida, que esté yo obligado á padecer tanto dolor por ella. Y mas: dicen los teólogos que no está uno obligado á usar de medicinas para alargar su vida, aunque sepa que será mas corta, si no usa de ellas; como si le dijese los médicos que cada mes ó cada año se purgase, ó tomase tales medicinas, ó que se haga una fuente acá y otra acullá; no está obligado á ello, aunque se hubiese de morir diez años antes: y aun añaden los mismos Doctores, que aunque sepa uno que bebiendo vino, ó bebiendo con nieve, viviria menos, no está obligado debajo de pecado mortal á dejar el vino ni la nieve. Pues apliquemos esto á nuestro propósito: Si por gozar de una golosina, por beber frio, y por comer cosas sabrosas y golosas, y por gozar de otros deleites semejantes no tienen los hombres cuenta con conservar la salud, ni con alargar la vida, ni miran en

(1) Cajet. 2, 2, q. 97, art. 1; Navar. in sum. cap. 11, num. 41.

eso, ni los condenamos por ello; ¿por qué ha de tener el religioso tanto cuidado de la salud, que atropelle la observancia regular por la imaginacion que se le ofrece de que le hará aquello daño, ó lo otro mas provecho? Y demos que no sea imaginacion, sino verdad; pongamos en una balanza esa necesidad, y el provecho que eso le ha de hacer (que es bien incierto, y puede ser otra buena razon para esto), y pongamos en otra balanza la inquietud y desasosiego suyo y ajeno, y la desedificacion é inconvenientes que de ahí se siguen, y verémos como sin comparacion pesa esto mas que aquello. Lo que los del mundo hacen, y vós por ventura habeis hecho muchas veces, por gozar de un deleite y de una golosina, ¿no será razon que lo hagais por gozar de la vida religiosa, andar con la comunidad, y no dar escándalo y desedificacion á vuestros hermanos con vuestras singularidades y regalos?

Á lo menos sacamos de aquí que no está uno obligado á procurar esas particularidades y comodidades. En lo que toca al escrúpulo, bien seguro podeis estar que no hay que tenerle, aunque se hiciese con vos menos de lo que se hace, cuando se hace mas mal, así en tiempo de salud como en tiempo de enfermedad, y aunque por ello padezcáis algun detrimento en la

salud, sino que haréis mejor, y será mas perfeccion padecer alguna cosa, y tomar eso por penitencia, que andar procurando el regalo y la comodidad, y andaros quejando porque no miran mas por vos, y porque no hacen tanto caso de vos, que no quiere Dios que miremos tanto por la salud. Sobre aquellas palabras de Cristo: *Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam*, Matth. xvi, v. 25: El que amare desordenadamente su vida, la perderá, y el que la aborreciere y despreciare por amor de mí, la hallará en la vida eterna; dice san Bernardo, serm. 30 supra Cant.: Hipócrates y sus secuaces enseñan á salvar las vidas de este mundo: Epicuro enseña á amar mucho el deleite, y á buscar el regalo con gran cuidado: Cristo nuestro Redentor nos enseña á perder las vidas y á despreciar los deleites y regalos del cuerpo, y á tenerlo todo en poco, respecto del bien del alma: mirad á cuál de estos maestros quereis seguir; mirad si quereis ser discípulo de Cristo, ó de Hipócrates y Galeno: no podremos añadir aquí, que vemos por experiencia que los que andan con estos melindres y singularidades siempre andan enfermizos y achacosos, y muchas veces por los mismos medios que buscan la salud la pier-

den; y por el contrario, los que fiados de Dios y de la obediencia siguen la comunidad, y se hacen á todo, viven sanos y récios en la Religion.

Casiano, lib. 5 de institut. renunt., cap. 23, advierte aquí otro punto muy bueno: dice que hay algunos que quieren que se hagan con ellos algunas de estas singularidades, no tanto por necesidad que tengan de ello, cuanto por autoridad y presuncion y soberbia; porque quieren que se haga mas caso de ellos que de los otros, y que haya alguna diferencia, porque son antiguos predicadores, lectores y maestros: y estos, dice Casiano, nunca son hombres muy espirituales ni señalados en virtud. Aquellos Padres antiguos, que como lumbres resplandecian en la Iglesia de Dios en la disciplina religiosa, vemos, dice Casiano, que eran muy amigos de la comunidad, y muy enemigos de singularidades, á los cuales debemos nosotros imitar.

Pero no pretendemos por esto que nadie se encoja en proponer lo que hubiere menester; porque claro está que donde hay muchos siempre hay algunos que tienen necesidad de algunas cosas particulares; porque no pueden tener todos igual salud ni iguales fuerzas corporales: y así es tambien razon que lo entiendan todos, y que nadie tome ocasion de lo que habemos dicho para juz-

gar á otros, sino que cuando viere que alguno usa de algunas singularidades, entienda que aquella es necesidad, y se compadezca de él y de su enfermedad. Dice san Bernardo: No seais como algunos, que tienen envidia de lo que habian de tener lástima y compasion: *Videt hoc alter quispiam, et fortassis incipiet invidere, cui condolare debuerat. Hinc accidit, ut saepe beatificet eum in corde suo ea de re, unde miserum se ille reputat, moleste ferens necessitatem suam*. Serm. 1 de latit. et lassitud. cordis. Acontece, dice, que algunos, viendo que ponen al otro mejor plato, y que le tratan mejor, tienen envidia de lo que habian de tener compasion; y juzgan al otro por dichoso por aquello por que él se tiene por desdichado y miserable, por estar sujeto á aquella necesidad, y no poder seguir la comunidad, lo cual aun siente él mas que la misma enfermedad: así como no tendríamos envidia ni murmuraciones, sino antes lástima, de que estando mas enfermo le diesen mas medicinas y mas costosas; así, si vos entendiéseis bien lo que aquel padece con aquella singularidad, no le tendríais envidia, sino compasion, y daríais muchas gracias á Dios de que vos no teneis necesidad de mas comida, ni de mas sueño, ni de mas vestido, ni regalo, sino que os podeis pasar

con lo comun de todos. Y dice san Bernardo que el que anda mirando las singularidades que otros usan, y se le van los ojos tras aquello, muestra bien tener bajos pensamientos y corazon inclinado á sensualidad y regalo.

Concluye el Santo con lo que yo tambien puedo concluir. No digo esto, hermanos míos, porque tenga ahora de quien me quejar acerca de ello, sino parecióme necesario amonestaros y preveniros, por haber algunos entre vosotros tiernos y delicados, con los cuales es menester usar de alguna dispensa, ó por su edad, ó por su enfermedad y flaqueza; pero doy muchas gracias á Dios nuestro Señor, dice, que veo á muchos tan cuidadosos de sí, y tan deseosos de ir adelante, y tan lejos de esos bajos pensamientos, que no teniendo cuenta con los flacos y necesitados que andan entre ellos, ni echando de ver en sus singularidades, siempre traen puestos los ojos en sí, y andan quejosos de sí, pareciéndoles que ellos son los que hacen menos que todos, y así á todos los tienen por superiores y mejores, conforme al consejo del apóstol san Pablo: *Superiores sibi invicem arbitrantur*. Ad Philip. II.

Añade otro consejo: dice que es muy bueno, no teniendo cuenta ninguna con los que

tienen necesidad de particularidades, ni echando de ver en eso, poner los ojos en uno ó dos de los que vemos que andan mas fervorosos, y son mas ejemplares en casa, y procurar imitarlos: y refiere lo que le aconteció á él con uno de sus monjes que, dice, le dió mucho contento. Vino á él un monje lego una mañana en amaneciendo, y postrado á sus piés, le dijo: ¡Ay de mí, Padre, que ésta noche en los Maitines estuve contando y considerando en uno de mis hermanos treinta virtudes, y ninguna de ellas hallo en mí!

Ese es muy buen ejercicio, andar mirando y considerando en nuestros hermanos sus virtudes, y este sea el fruto de este nuestro sermón, dice el Santo, que siempre miremos en los otros á lo alto de sus virtudes, no á lo imperfecto y defectuoso; y en nosotros al contrario, no á lo que nos puede ser materia de vana presuncion, sino de verdadera humildad; porque ¿qué hace al caso que vos podais trabajar ó ayunar mas que el otro, si el otro os sobrepaja á vos en virtud, si el otro tiene mas humildad y mas paciencia, y mayor caridad que vos? ¿Qué hace al caso que no pueda ayunar ni trabajar tanto como vos? Pues *de cetero*, dice, *ea magis attende, quæ alijs habet, tu non habes*: De aquí adelante en vuestros hermanos siem-

pre mirad á lo bueno que en ellos hay, y vos no teneis; y en vos no mireis á lo bueno que os parece teneis: *Sed esto magis sollicitus, ut scias, quid desit tibi*: Sino mirad á lo mucho que os falta para llegar á la perfeccion. De esta manera nos conservaremos en humildad y en caridad, y aprovecharemos mucho en la Religion.

CAPÍTULO XVIII.

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

Cuéntase (1) de Rabaud, principe en Francia, cuya vocacion y venida á la Religion fue un singular milagro, que habiendo entrado en Religion, y haciéndosele esta vida muy áspera y dificultosa, por haberse criado con grandísimo regalo, el abad Parcario, que era entonces superior del convento, le permitia comer algunas cosas particulares y extraordinarias, y que decian mas con su complexion, y mandaba que se las diesen, con lo cual no solo no medraba, antes se iba haciendo cada dia mas delicado y achacoso. Acaeció que estando una vez comiendo en la mesa con los demás, á los cuales solo ponian para comer un poco de pan duro y habas, le pareció que

veia dos venerables viejos, el uno calvo, y con dos llaves colgadas al cuello, y el otro monje, con un vaso de cristal en la mano, y que dando una vuelta á todo el refectorio, echaban á cada monje en un plato cierta cosa que sacaban del vaso, y que á él solo dejaron sin darle de ella, y le miraron con rostro severo y airado; pero él cogió como pudo del plato de los que estaban sentados cerca de sí algo de aquello que les habian dado, y así como lo gustó, sintió con ello tanta suavidad, que le pareció no tenian que ver con aquel manjar, ni eran tan sabrosos cuantos en toda su vida habia comido: y habiendo visto esto mismo tres veces, se fué á su Abad, y contándosele, le preguntó con mucha instancia quiénes eran aquellos dos viejos que habia visto. Cayó luego en ello el Abad, y entendió que eran el apóstol san Pedro, patron de aquella casa, y Honorato, fundador de ella; y que la causa por que no le daban á él de aquel manjar que á los demás repartian era porque no seguia en todo la comunidad, y usaba de algunas singularidades: lo cual oido de Rabaud, esforzándose y determinándose á seguir en todo el comun rigor y disciplina religiosa, se le hizo mucho mas fácil y llevadera que antes le habia parecido; y poco despues

(1) Hieron.; Plat. lib. 3 de honest. c. 16.

vió los mismos Santos que repartiéndolo, como solian, aquel manjar á los monjes, le daban á él tambien de ello, con lo qual quedó su alma muy confortada, y él muy resuelto de llevar cualesquier trabajos y asperezas que en la Religión hubiese.

Cesario, lib. 3 Dialog., c. 48, cuenta otro ejemplo semejante: dice que habia en la Orden del Cister un religioso, más en el hábito que en las obras, y por ser médico, lo más del año andaba fuera del convento, sin venir á él sino en fiestas señaladas. Un día de Nuestra Señora estaba con los demás en el coro cantando, y vió entrar á Nuestra Señora con grande resplandor, y andar entre los que cantaban, y de una cajita que traía en la mano sacaba con una cuchara cierta bebida, y daba á cada religioso de ella, y llegando á él se pasó de largo, diciendo: Tú no has menester mi bebida; porque eres médico, y te regalas harto. Él quedó muy triste pensando en su falta. Desde entonces mudó de estilo, no salía sino mandado, y mortificábase mucho, y así en la siguiente fiesta de Nuestra Señora, viniendo ella como la vez pasada á regalar á los religiosos, llegó á este, y parándose le dijo: Porque te has enmendado, posponiendo tus medicinas á las mías, hé aquí de mi bebida, bebe como los demás. Desde entonces con aquella suavidad quedó muy firme en el mo-

nasterio, teniendo por estiércol todos los deleites del mundo; porque aquella bebida fue la devoción, la cual todo lo hace sabroso.

Cuenta el mismo Cesario, lib. 4 Dialog., c. 80, que vino al convento de Claraval un clérigo muy regalado, y no arrostraba el pan del convento, que era basto; antes de solo pensar que aquello habia de comer, parece que se enflaquecía. Una noche se le apareció Cristo nuestro Señor con un pedazo de aquel pan, y dándole, le decia que comiese. Respondió: Que en ninguna manera podia comer aquel pan de cebada. Cristo mojó el pan con la sangre del costado, y le mandó que lo comiese: le gustó, y le supo más que miel; y desde entonces así el pan, como los demás manjares groseros de la comunidad, que antes no podia comer, le eran muy sabrosos.

En las Crónicas de la Orden del bienaventurado san Francisco, 1 part., lib. 1, c. 53, se cuenta de aquel capítulo célebre, llamado de las Esteras, porque los aposentos eran en el campo, con repartimientos hechos de estereras, donde se juntaron casi cinco mil frailes, y se halló allí tambien el bienaventurado santo Domingo: dicese allí que era tanto el fervor y espíritu de penitencia que tenian entonces aquellos santos religiosos, que era menester irles á la mano; y así, siendo in-

formado san Francisco que muchos de ellos traían sayas y cotas de malla junto á la carne, y otros cercos de hierro, y que por esto muchos enfermaban, y eran impedidos de poder orar y servir á la Orden, y algunos morían, mandó por obediencia que todos los que tuviesen cotas ó cercos de hierro se las quitasen, y se las trajesen, y fueron halladas quinientas piezas de sayas y cercos de hierro. Pues andando la Orden en este fervor, y juntándose ellos en este capítulo para tratar del bien y progreso de la Orden, fue revelado al Padre san Francisco que los demonios hacían otro capítulo contra este en un hospital que estaba entre la Porciúncula y Asís, al qual se juntaron más de diez y ocho mil demonios: y como muchos de ellos diesen sus sagaces y diversos consejos, como pudiesen pelear y destruir á san Francisco, y á su Orden y seguidores; al fin un demo-

nio más artero y sutil dió un consejo de esta manera: Ese Padre san Francisco con sus frailes con tanto fervor huyen y andan apartados del mundo, y con tantas fuerzas aman á Dios, y se ocupan en la oración, y atormentan sus cuerpos, que al presente poco ó nada podréis hacer contra ellos; aconsejoos que no os mateis ahora tanto, mas dejemos á ese cerrar los ojos, y que sean más frailes, y harémos entrar en su Orden mozos sin celo de perfección, y viejos honrados, y nobles regalados, y letrados arrogantes y de flaca salud, y ellos recibirán á todos por sustentar honra y gran número, y de esta manera los traerémos al amor propio y de cosas del mundo, y á deseos de ciencias y honras: entonces nos vengaremos de ellos trayendo á muchos á nuestra voluntad; y pareció muy bien á todos este consejo, y quedaron muy satisfechos con esta esperanza.